

*Jaque mate
al amor*

ALI
HAZELWOOD

Jaque mate
al amor

Traducido del inglés por Patricia Sebastián Hernández



Título original: *Check & Mate*

Publicado por primera vez en Estados Unidos por G. P. Putnam's Sons, un sello de Penguin Random House LLC, 2023.

Derechos de traducción gestionados por Sandra Dijkstra Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL.

Todos los derechos reservados.

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Copyright © Check and Mate by Ali Hazelwood

© de la traducción: Patricia Sebastián Hernández, 2023

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.es

Traducción adaptada para Latinoamérica
con la colaboración de la traductora.

D.R. y © MMXXIV G.E.P., S.A. de C.V.

Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,

Alcaldía Azcapotzalco,

02400, Ciudad de México

Miembro de la Cámara Nacional

de la Industria Editorial Mexicana

Registro núm. 43

ISBN: 978-607-574-464-3 (México)

ISBN: 978-84-18945-46-5 (España)

Primera edición, abril de 2024

Esta obra no puede ser reproducida, total o parcialmente,
sin la autorización escrita del editor.

Impreso en México — Printed in Mexico



En Hachette Livre México usamos
materias primas de procedencia
100% sustentable

*Para Sarah A. y Helen,
que siempre serán mis preferidas*

Prólogo



—*Sé de muy buena fuente que se te considera un sex symbol de la generación Z.*

Casi se me cae el celular.

Bueno, sí, se me cae, pero lo atrapo antes de que acabe sumergido en un vaso de precipitado lleno de amoniaco. A continuación, echo un vistazo en torno al aula de química y me pregunto si alguien más lo ha oído.

Los demás alumnos están enviando mensajes o manipulando el material de clase. La señora Agarwal finge corregir trabajos en su escritorio, aunque lo más probable es que esté leyendo *fanfiction* guarros de Bill Nye. Me llega un olor a ácido acético de mi mesa que espero que no sea letal, pero sigo con los AirPods puestos.

Nadie me presta atención; ni a mí ni al video que tengo abierto en el celular, así que aprieto el botón de *play* para reanudarlo.

—*Hace dos semanas saliste en la revista TIME. Una foto de tu cara en la portada, y al lado decía: «Un sex symbol de la generación Z». ¿Qué te parece?*

Esperaba ver a Zendaya. A Harry Styles. A Billie Eilish. A todos los BTS apretujados en el sofá del *late night* de turno que el algoritmo de reproducción automática de YouTube ha decidido enseñarme tras el experimento del pH. Pero es un tipo cualquiera. Un chavo, diría yo. No va para nada con ese sillón de terciopelo rojo, con la camisa oscura, los pantalones oscuros, el pelo oscuro y la expresión a juego. Una expresión que resulta del todo indescifrable cuando dice con voz grave y seria:

—*No creo que sea cierto.*

—*¿En serio?* —le pregunta el presentador, Jim o James o Jimmy.

—*Lo de la generación Z es verdad* —dice el invitado—. *Lo de que soy un sex symbol, no tanto.*

Al público le encanta su respuesta; aplauden y gritan, así que decido echarle un vistazo al rótulo: *Nolan Sawyer*. Le acompaña una descripción que explica quién es, pero a mí no me hace ninguna falta. Tal vez no reconozca su rostro, pero soy incapaz de recordar algún momento de mi vida en el que no supiera su nombre.

Conversamos con el Matarreyes: el mejor ajedrecista del mundo.

—*Hazme caso, Nolan: ahora mismo no hay nada más sexy que la inteligencia.*

—*Sigo sin tener claro que cumpla los requisitos.*

Habla con un tono tan seco que me pregunto si su publicista tuvo que convencerlo para que hiciera la entrevista, pero el público se ríe y el presentador también. Este se inclina, obviamente encantado con el chavo, que tiene la complexión de un atleta, el cerebro de un físico teó-

rico y la lana de un emprendedor de Silicon Valley. Un prodigio buenón y atípico que se niega a admitir que es especial.

Me pregunto si Jim-Jimmy-James está al tanto de las cosas que yo he oído. Los chismes. Las historias que se cuentan entre susurros. Los oscuros rumores que corren sobre el chico estrella del ajedrez.

—*Pero coincidimos, en todo caso, en que actualmente no hay nada más sexy que el ajedrez. Y tú eres el responsable de que sea así: el ajedrez ha experimentado un nuevo auge desde que empezaste a jugar. Alguien se puso a comentar tus partidas y los videos se hicieron virales en TikTok (ChessTok, según han puntualizado mis guionistas), y ahora hay más gente que nunca aprendiendo a jugar. Pero vayamos a lo importante: ostentas el título de Gran Maestro, el mayor galardón al que puede aspirar un ajedrecista, y acabas de ganar tu segundo Campeonato del Mundo contra...* —El presentador tiene que echarle un vistazo a su tarjeta porque los Grandes Maestros normales no son tan famosos como Sawyer—. *Andreas Antonov. Felicidades.*

Sawyer asiente una vez.

—*Y acabas de cumplir dieciocho. ¿Cuándo fue tu cumpleaños?*

—*Hace tres días.*

Hace tres días, yo cumplí dieciséis.

Hace diez años y tres días me regalaron mi primer ajedrez —con piezas de plástico rosas y púrpuras— y lloré de alegría. Me pasaba el día jugando y me lo llevaba a todas partes, y por la noche me acurrucaba en la cama con él.

Ahora ya ni siquiera me acuerdo de lo que se siente al tocar un peón.

—*Empezaste a jugar de muy pequeño. ¿Te enseñaron tus padres?*

—*Mi abuelo* —responde Sawyer. El presentador parece sorprendido, como si no se esperara que Sawyer fuera a mencionarlo, pero recupera la compostura enseguida.

—*¿Cuándo te diste cuenta de que eras lo bastante bueno como para jugar de forma profesional?*

—*¿Soy lo bastante bueno?*

El público vuelve a reírse y yo pongo los ojos en blanco.

—*¿Siempre has querido dedicarte al ajedrez de forma profesional?*

—*Sí. Siempre he tenido claro que no hay nada que me guste tanto como ganar una partida de ajedrez.*

El presentador enarca una ceja.

—*¿Nada?*

Sawyer no vacila.

—*Nada.*

—*Y...*

—*¿Mallory?* —Noto una mano en el hombro. Doy un brinco y me quito un audífono—. *¿Necesitas ayuda?*

—*¡Qué va!* —Sonrío a la señora Agarwal y me meto el celular en el bolsillo trasero del pantalón—. Acabo de terminar el video con las instrucciones.

—*Ah, fantástico. Acuérdate de ponerte los guantes antes de añadir la solución ácida.*

—*Sí.*

El resto de la clase casi ha terminado el experimento. Frunzo el ceño y me apresuro a ponerme a la par, y al

cabo de unos minutos, cuando no encuentro el embudo por ningún lado y el bicarbonato de sodio se me derrama, dejo de pensar en Sawyer, o en el tono de su voz al decir que nada le gusta tanto como el ajedrez. Y no vuelvo a pensar en él durante los siguientes dos años. Es decir, hasta el día en que jugamos por primera vez.

Y le doy una paliza.

PARTE UNO

Aperturas



Capítulo uno



Dos años después

Easton es muy lista, ya que me convence para salir con la promesa de invitarme un *bubble tea*. Pero también es mensa porque no espera a que esté tomándome el té espumoso con sabor a crema de queso chocolateada antes de decirme:

—Necesito que me hagas un favor.

—Nop. —Le sonrío. Tomo dos popotes del recipiente. Le ofrezco uno, pero lo ignora.

—Mal, ni siquiera te he dicho lo que...

—No.

—Tiene que ver con el ajedrez.

—Bueno, en ese caso...

Le doy las gracias con una sonrisa a la chica que me tiende el pedido. Salimos dos o tres veces el verano pasado y conservo algunos recuerdos vagos y agradables de ella. Labios embadurnados de cacao de frambuesa; Bon Iver sonando de fondo en su Hyundai Elantra; una mano fría y suave por debajo de mi camiseta. Por desgracia, ninguno

de esos recuerdos incluye su nombre, pero ha escrito «Melanie» en mi bebida, así que tampoco pasa nada.

Intercambiamos una sonrisita cómplice y me vuelvo hacia Easton.

—En ese caso, ni de broma.

—Me falta un jugador para un torneo por equipos.

—Ya no juego. —Miro el celular. Son las 12:09, tengo que volver al taller dentro de veintiún minutos. Bob, mi jefe, no es precisamente un ser humano amable ni indulgente. A veces dudo incluso de que sea humano—. Vamos afuera a tomarnos esto, porque luego tengo que pasarme la tarde debajo de un Chevy Silverado.

—Vamos, Mal. —Me fulmina con la mirada—. Es ajedrez. Todavía juegas.

Cuando la profesora de sexto de mi hermana Darcy anunció que iba a mandar al cuyo de clase a una «granja de las afueras», Darcy, incapaz de averiguar si la granja existía de verdad, decidió secuestrar al espécimen. Al cuyo, no a la profesora. He estado conviviendo con Goliat el Secuestrado durante el último año; un año en el que me he dedicado a negarle las sobras de la cena desde que el veterinario que no podemos permitirnos nos suplicó de rodillas que lo pusiéramos a dieta. Por desgracia, Goliat posee la asombrosa habilidad de perforarme con la mirada hasta conseguir que me dé por vencida, de manera que siempre acabo cediendo.

Igual que Easton. Las expresiones de ambos exudan la misma terquedad inquebrantable.

—No, no. —Le doy un sorbo al té. Divino—. Se me olvidaron las reglas. ¿Para que servía el caballito ese?

—Me parto de risa.

—No, en serio, ¿qué juego era el ajedrez? ¿Ese en el que la dama conquista Catán sin pasar por la casilla de salida?...

—No te pido que hagas lo de hace años.

—¿Qué es *lo de hace años*?

—Pues cuando a los trece les diste un repaso a todos los chicos, adolescentes y adultos del Club de Ajedrez de Paterson y tuvieron que traer a gente de Nueva York para que los humillaras. No hace falta que llegues a esos extremos.

En realidad tenía doce años cuando eso ocurrió. Me acuerdo porque papá, que estaba plantado a mi lado, con la mano apoyada en mi hombro huesudo, proclamó con orgullo: «Llevo sin ganarle a Mallory una partida desde que cumplió los once el año pasado. Es extraordinaria, ¿verdad?». Pero no corrijo a Easton, sino que me dejo caer en la hierba junto a una jardinera llena de zinnias con pinta mustia. Nueva Jersey en agosto es un infierno para todos.

—¿Te acuerdas de lo que pasó mientras jugaba las partidas de demostración? Estuve a punto de desmayarme y tú les dijiste a todos que se apartaran...

—... Y te di mi jugo.

Se sienta a mi lado. Me fijo en que lleva la raya del ojo delineada a la perfección; luego contemplo mi overol de trabajo manchado de aceite y pienso en lo estupendo que es que algunas cosas no cambien. La perfeccionista Easton Peña, que siempre tiene un plan, y su compañera de fatigas, Mallory Greenleaf, un desastre con patas. Estába-

mos en la misma clase desde primero, pero no interactuamos hasta que ella se unió al Club de Ajedrez de Paterson a los diez años. En cierto sentido, ya estaba totalmente formada. Ya era la persona increíble y terca que es hoy en día.

—¿De verdad te gusta jugar a esta cosa? —me preguntó cuando nos emparejaron para jugar una partida.

—¿Es que a ti no? —le pregunté horrorizada.

—Pues claro que no. Pero tengo que cursar actividades extraescolares de todo tipo. Las becas universitarias no caen del cielo.

Le di jaque mate en cuatro movimientos y la he adorado desde entonces.

Es curioso que a Easton jamás le gustara el ajedrez tanto como a mí, pero siguiese jugando mucho más tiempo. Qué triángulo amoroso tan extraño formamos los tres.

—Me debes una por el jugo, así que ven al torneo —me ordena—. Me hace falta un equipo de cuatro. Todo el mundo está de vacaciones y los que quedan no saben distinguir entre el ajedrez y las damas. Ni siquiera tienes que ganar... Además, es para una organización benéfica.

—¿Para cuál?

—¿Acaso importa?

—Pues claro. ¿Es para alguna institución de derecha? ¿O para la nueva película de Woody Allen? ¿O para alguna enfermedad inventada, como la histeria o la intolerancia al gluten?

—La intolerancia al gluten *existe*.

—¿En serio?

—Sí. Y el torneo es para... —Aporrea las teclas del celular de forma frenética—. No lo encuentro, pero ¿podemos saltarnos todo esto? Las dos sabemos que vas a decir que sí.

Frunzo el ceño.

—No lo sabemos.

—A lo mejor *tú* no.

—No me dejes avasallar, Easton.

—Lo que tú digas.

Mastica las perlas de tapioca del té de forma agresiva, como retándome, y de pronto su expresión se parece más a la de un oso pardo que a la de un cuyo.

Está acordándose de que el primer año de prepa me convenció para que fuera su subdelegada cuando ella se postuló para delegada de clase. (Perdimos. De forma estrepitosa). Y de cuando en el siguiente curso me embaucó para que le *hackeara* la cuenta de Twitter a Missy Collins, que no hacía más que difundir rumores. Y también de cuando al año siguiente interpreté a la señora Bennett en el musical de *Orgullo y prejuicio* que ella escribió y dirigió, pese a que el sentido común me decía lo contrario y a que mi rango vocal es de media octava. Lo más probable es que también hubiera accedido a alguna otra mamarrachada durante nuestro último año de instituto si las cosas en casa no hubieran sido..., en fin, desde un punto de vista económico, un absoluto desastre. Y si no me hubiera pasado cada segundo libre que tenía en el taller.

—Todos sabemos que eres incapaz de decir que no —señala Easton—. Así que di que sí y ya está.

Reviso el celular: todavía me quedan doce minutos de descanso. Hoy hace un calor para morirse y ya me chuté

el *bubble tea*. Miro su recipiente con interés: melón, mi segundo sabor preferido.

—Estoy ocupada.

—¿Con qué?

—Estoy saliendo con alguien.

—¿Con quién? ¿Con tu pollo el de las plantas carnívoras? ¿O con esa que parece un clon de Paris Hilton?

—Con ninguno de los dos. Pero ya encontraré a alguien.

—Vamos, así pasaremos tiempo juntas antes de la universidad.

Me enderezo y le doy un golpecito con el codo.

—¿Cuándo te vas?

—En menos de dos semanas.

—¿Qué? Si nos graduamos hace nada, sólo han pasado...

—¿Tres meses? Tengo que estar en Colorado a mediados de agosto para la orientación.

—Ah. —Me siento como cuando te despiertas de la siesta y descubres que ya es de noche—. Ah —repito, algo sorprendida. *Sabía* que aquello iba a pasar, pero entre el episodio de mononucleosis de mi hermana, la semana que mi madre estuvo ingresada en el hospital, el episodio de mononucleosis de mi *otra* hermana y todos los turnos extra que he hecho, he debido de perder la noción del tiempo. Estoy cagada de miedo: siempre he vivido en la misma ciudad que Easton. Siempre me reúno con ella una vez a la semana para jugar al *Dragon Age* o para hablar del *Dragon Age* o para ver partidas del *Dragon Age*.

Igual nos hacen falta más *hobbies*.

Intento sonreír.

—Supongo que el tiempo vuela cuando te la pasas bien.

—¿Eso *haces*, Mal? ¿Pasártela bien? —Me mira con los ojos entornados y yo me echo a reír—. No te rías. Siempre estás trabajando y, cuando no, tienes que llevar a tus hermanas a algún sitio o a tu madre al médico y... —Se pasa la mano por los rizos oscuros y acaba despeinándose; un buen indicador de su nivel de exasperación: en una escala del uno al diez, yo diría que un siete—. Eras la mejor alumna de la clase. Las matemáticas se te dan de miedo y eres capaz de aprenderte de memoria *cualquier cosa*. Te ofrecieron *tres* becas y una de ellas era para estudiar en Boulder, donde habrías estado conmigo. Pero decidiste no aceptar ninguna y ahora parece haberte quedado aquí estancada, y no parece que la cosa vaya a cambiar, y... ¿Sabes qué? Es decisión tuya y la respeto, pero al menos podrías permitirte hacer *una* cosa divertida. Algo que disfrutes.

Contemplo sus mejillas sonrojadas durante uno, dos, tres segundos, y estoy a punto de abrir la boca para decirle que las becas te pagan la universidad, pero no la hipoteca ni el curso de *roller derby* de tu hermana ni el alimento con vitamina C de la mascota secuestrada de tu otra hermana ni nada que consiga eliminar la sensación de culpa que se te adhiere al fondo del estómago. A punto. En el último momento desvió la mirada y resulta que esta aterriza en el celular.

Son las 12:24. Mierda.

—Me tengo que ir.

—¿Qué? Mal, ¿te encabronaste? No pretendía...

—No. —Le dedico una sonrisa—. Pero se me acabó el descanso.

—Si acabas de llegar.

—Ajá. Bob no es demasiado partidario de los horarios en los que no se explota al trabajador ni de la conciliación entre la vida personal y la laboral. ¿Hay alguna posibilidad de que *no* vayas a terminarte el té?

Pone los ojos en blanco de forma tan exagerada que me preocupa que le dé un tirón, pero me tiende el vaso. Hago un gesto de victoria con el puño mientras me alejo.

—Dime si al final vendrás al torneo —grita Easton a mi espalda.

—Ya te lo dije.

Oigo un gruñido. Y luego un «Mallory» con un tono serio y enfático que me hace darme la vuelta, pese a que me arriesgo a que Bob acabe gritándome y echándome su apestoso aliento en la cara por llegar tarde.

—Oye, no pretendo obligarte a nada. Pero el ajedrez lo era todo para ti. Y ahora ni siquiera quieres jugar por una buena causa.

—¿Como la intolerancia al gluten?

Ella vuelve a poner los ojos en blanco y yo echo a trotar rumbo al trabajo entre risas. Llego a tiempo, aunque barriéndome. Estoy tomando las herramientas para meterme debajo del Silverado cuando me vibra el celular. Es una captura de pantalla de un folleto. Dice: *Torneo por equipos Clubs Olympic. Área de Nueva York. En colaboración con Médicos sin Fronteras.*

Sonrío.

MALLORY: bueno, esa organización benéfica está bien

BRET EASTON ELLIS: Te lo dije. Y mira:

Me envía un enlace a la página de una web de consulta médica sobre la intolerancia al gluten, que al parecer sí que existe.

MALLORY: o sea, que Sí existe

BRET EASTON ELLIS: Te lo dije.

MALLORY: sabes que esa es tu muletilla, no?

BRET EASTON ELLIS: Más bien es «Tenía razón».
¿Entonces vendrás al torneo?

Resoplo y estoy a punto de decirle que no. A un tris de recordarle el motivo exacto por el que ya no juego ajedrez.

Pero entonces pienso en que se va a ir a la universidad y no va a volver hasta dentro de varios meses... y me imagino a mí misma aquí sola, intentando mantener una conversación sobre la última partida de *Dragon Age* que haya visto con algún ligue que sólo quiere meterme la lengua hasta la campanilla. Pienso en cuando vuelva a casa para Acción de Gracias: tal vez para entonces se

haya rapado media cabeza, se haya hecho vegana o fan del estampado de vaca. Puede que sea otra persona. Nos reuniremos donde siempre, veremos los programas que vemos siempre y chismearémos sobre la gente de siempre, pero no será lo mismo, porque habrá hecho amigos nuevos, visto cosas nuevas y creado recuerdos nuevos.

El miedo me perfora el pecho. Me asusta que Easton cambie y florezca y nunca vuelva a ser la misma. Al contrario que yo, que voy a quedarme en Paterson, anquilosada. Y no hablaremos de ello, pero lo sabremos.

De manera que le contesto:

MALLORY: ok. como despedida.

BRET EASTON ELLIS: ¿Ves? Tenía razón.

MALLORY: 

MALLORY: a cambio tendrás que llevar a mis hermanas al campamento urbano la semana que viene para que yo pueda hacer más turnos

BRET EASTON ELLIS: Mal, no.

BRET EASTON ELLIS: Mal, porfa. Pídeme otra cosa.

BRET EASTON ELLIS: Mal, dan PUTOMIEDO.

MALLORY: 

—¡Oye, Greenleaf! No te pago para que estés metida en Instagram o te compres sándwiches de aguacate. Ponte a trabajar.

Pongo cara de hastío. Por dentro.

—Te equivocaste de generación, Bob.

—Me vale sorbete. Ponte. A. Trabajar.

Me meto el cel en el overol, suspiro y me pongo a darle.



—¡Mal, Sabrina me dio un pellizco y me llamó Aliento-pito!

—¡Mal, Darcy me bostezó en la jeta y me echó su asqueroso *alientopito*!

Suspiro y sigo preparándoles el desayuno a mis hermanas. Avena con canela, leche descremada y sin azúcar o «Te apuñalaré, Mal. ¿Has oído hablar de algo llamado “salud”?» (Sabrina); avena con mantequilla de cacahuate, Nutella de marca libre, plátano y «¿Puedes ponerle más Nutella, porfa? Quiero crecer dos palmos más antes de llegar a octavo» (Darcy).

—¡Mallory, Darcy acaba de echarse un pedo en mi cara!

—No: ¡Sabrina es *tontacola* y se me puso al lado!

Lamo de forma distraída los restos de la Nutella falsa de la cuchara mientras fantaseo con echar un poco de quitaesmalte en la avena. Sólo un chorrito. O dos.

Tendría sus inconvenientes, como por ejemplo el fallecimiento prematuro de las dos personas a las que más quiero en el mundo. Pero ¿y las ventajas? Serían incom-

parables. Ya no tendría que aguantar que Goliat me mordisqueara los dedos de los pies en plena noche (ni arriesgarme a que me contagie la rabia o algo así). Se acabaría lo de soportar una retahíla de insultos por lavar el brasier rosa de Sabrina, por guardar en el sitio que no es el brasier rosa de Sabrina, por el supuesto robo del brasier rosa de Sabrina, por no estar al tanto del paradero del brasier rosa de Sabrina. Adiós a los pósters de Timothée Chalamet mirándome en plan turbio desde las paredes.

Me limitaría a afilar una navaja, envuelta en el sosegado silencio de una celda de Nueva Jersey.

—Mallory, Darcy es una puerca de primera...

Dejo caer la cuchara y me dirijo al baño. Tardo unos tres pasos en llegar; la morada de las Greenleaf es pequeña y no demasiado solvente.

—Si no se callan —les digo con mi voz de sargento a las ocho de la mañana—, las llevaré al mercado y las cambiaré por una cesta de frutas.

El año pasado ocurrió algo rarísimo: casi de la noche a la mañana, mis dos bomboncitos, que hasta entonces habían sido uña y carne, se convirtieron en dos arpías que andan siempre a la gresca. Sabrina cumplió los catorce y empezó a comportarse como si fuera demasiado genial para estar genéticamente emparentada con nosotras; Darcy cumplió los doce y... en fin. Darcy siguió igual. Siguió leyendo a todas horas; siguió siendo una personita precoz y demasiado observadora para su propio bien. Lo cual, me parece, es la razón por la que Sabrina se gastó sus ahorros en un cerrojo y la echó del cuarto que ambas compartían. (Me tocó a mí acoger a Darcy, de ahí lo del

efecto Mona Lisa de la mirada de Timothée Chalamet y el inminente contagio de rabia).

—Por Dios. —Darcy pone los ojos en blanco—. Tranqui, Mallory.

—Eso, Mallory. Relájate un poquito.

Ah, sí. ¿Los únicos momentos en los que estas dos ingratas consiguen llevarse bien? Cuando unen fuerzas en mi contra. Mamá dice que es cosa de la pubertad. Yo me inclino más por la posesión demoniaca, pero a saber. Lo que sí sé es que las súplicas, los llantos o incluso los intentos de razonar con ellas no sirven de nada. Si se me ocurre mostrar la más mínima debilidad, ellas se aprovechan y acaban chantajeándome para que les compre alguna ridiculez, como una almohada de cuerpo entero de Ed Sheeran o un birrete para cuyos. Mi filosofía es la mano dura. Evitar negociar a toda costa con estas pirañas anárquicas, sedientas de sangre y con las hormonas revueltas.

Carajo, las quiero tanto que podría echarme a llorar.

—Mamá está durmiendo —siseo—. Les juro que si no se callan les escribiré «Alientopito» y «Tontacola» con rotulador permanente en la frente y las mandaré así a la calle.

—Yo que tú lo pensarías bien —señala Darcy, agitando el cepillo de dientes en mi dirección— o te echaremos encima a los de Servicios Sociales.

Sabrina asiente.

—O a la policía.

—¿Puede permitirse los costos de un juicio?

—Ni de broma. Buena suerte con el abogado de oficio estresado y explotado que te enjareten, Mal.

Me apoyo en el marco de la puerta.

—*Ahora* sí se ponen de acuerdo.

—Siempre hemos estado de acuerdo en que a Darcy le huele el aliento a pito.

—Es mentira, cochina.

—Si despiertan mamá —amenazo—, las tiro a las dos por el retrete.

—¡Estoy despierta! No hace falta que atasques las cañerías, tesoro. —Me doy la vuelta. Mamá recorre el pasillo con las piernas temblorosas y a mí se me revuelve el estómago. Las mañanas han sido duras de pelar durante este último mes. En realidad, durante todo el verano. Miro a Darcy y Sabrina, quienes al menos tienen la decencia de parecer arrepentidas—. Ya que madrugué como una campeona, me merezco que mis matrioskas me den un abrazo, ¿no?

A mamá le gusta bromear con que mis hermanas y yo, que tenemos el pelo rubio platino, los ojos azul oscuro y el rostro ovalado y sonrosado, somos versiones ligeramente más pequeñas unas de otras. Tal vez Darcy haya heredado todas las pecas, Sabrina haya adoptado una estética VSCO y yo... Si no hubiera tantos conjuntos a cinco dólares de estilo *boho chic* en la tienda de segunda mano donde solemos comprar, no parecería que voy haciendo *cosplay* de Alexis Rose. Pero no cabe duda que a las tres hermanas Greenleaf nos hicieron con el mismo molde..., uno diferente al de mamá, con su pelo oscuro (pese a que ahora lo tiene lleno de canas) y su tez morena. Si le molesta que nos parezcamos tanto a papá, nunca ha dicho ni pío.

—¿Qué hacen levantadas? —pregunta pegada a la frente de Darcy antes de pasar a Sabrina—. ¿Tienes entrenamiento?

Sabrina se queda rígida.

—No empiezo hasta la semana que viene. Aunque en realidad no empezaré nunca si alguien no me apunta en la asociación junior de *roller derby*, cuya inscripción acaba el *viernes que viene*...

—Pagaré la cuota antes del viernes —le aseguro.

Me lanza una mirada escéptica y desconfiada. Como si le hubiera roto el corazón demasiadas veces por culpa de mi irrisorio sueldo como mecánica.

—¿Por qué no la pagas ya?

—Porque me encanta jugar contigo y hacerte sufrir, como una araña con su presa.

Y porque tendré que hacer más turnos en el taller para poder permitírmelo.

Entorna los ojos.

—No tienes la lana, ¿verdad?

El corazón me da un vuelco.

—Pues claro que sí.

—Porque soy *prácticamente* adulta. Y McKenzie ha estado trabajando en el local ese de yogur helado, así que podría pedirle...

—No eres adulta. —El hecho de que Sabrina se preocupe por el dinero me provoca un dolor físico—. Es más, las malas lenguas dicen que eres *tontacola*.

—Ya que hoy estás en plan generosa —interviene Darcy con la boca llena de pasta de dientes—, Goliat sigue solo y depre, y necesita una novia.

—Mmm. —Reflexiono durante un instante acerca del número de cacas que podrían generar dos Goliats. Puaj—. En fin, Easton se ofreció amablemente a llevarlas al campamento urbano la semana que viene. Y no les voy a pedir que sean buenas con ella ni que se porten como personas normales, ni siquiera decentes, porque también disfruto haciéndola sufrir un poco. De nada.

Salgo del baño y cierro la puerta tras de mí, pero no sin antes advertir la mirada que intercambian mis hermanas, con los ojos abiertos como platos. El tremendo amor que le tienen a Easton viene de hace mucho.

—Hoy estás muy linda —me dice mamá en la cocina.

—Gracias. —Le enseño los dientes—. Me pasé el hilo dental.

—Qué nivel. ¿También te diste un regaderazo?

—Oye, tampoco esperes tanto. Ni que fuera una *influencer*.

Lanza una risita.

—No llevas el peto.

—En realidad es un overol de trabajo, pero gracias por adornarlo. —Bajo la mirada hacia la camiseta blanca que llevo metida por dentro de la falda bordada de un amarillo intenso—. No voy al taller.

—¿Tienes una cita? Hacía tiempo desde la última.

—No es una cita. Le prometí a Easton que... —Me interrumpo.

Mamá es fantástica. La persona más amable y paciente que conozco. Si le dijera que me voy a un torneo de ajedrez, no creo que le importara. Pero esta mañana lleva el bastón. Parece que tiene las articulaciones hinchadas e

inflamadas. Y llevo sin pronunciar la palabra que empieza por «a» desde hace tres años. ¿Para qué arruinarlo?

—Se va a Boulder dentro de un par de semanas, así que vamos a dar una vuelta por Nueva York.

Se le oscurece la expresión.

—Me gustaría que reconsideraras lo de continuar con tus estudios...

—Mamá —protesto, adoptando un tono de voz lo más pesaroso posible.

Tras un largo proceso de ensayo y error, por fin he averiguado el modo de que mamá deje de darme tanta lata: darle a entender que la idea de ir a la universidad me atrae tan poco que, cada vez que saca el tema, su falta de respeto hacia mis decisiones vitales me duele en el alma. Puede que no sea la verdad, y mentirle no me hace ninguna gracia, pero es por su propio bien. No quiero que nadie de mi familia piense que me debe nada ni que se sientan culpables por las decisiones que he tomado. No tienen que sentirse culpables, porque nada de esto es culpa *suya*.

La culpa es exclusivamente mía.

—Bueno, sí, lo siento. Oye, me hace mucha ilusión que salgas por ahí con Easton.

—Ah, ¿sí?

—Pues claro. Tienes que disfrutar de tu juventud y hacer las cosas que hacen los chicos de dieciocho años.

—Me lanza una mirada melancólica—. Me alegro de que te tomes un día libre. Ya sabes: *carpe diem* y todo eso.

—Es *carpe diem*, mamá.

—¿Segura?

Me río mientras recojo el bolso y le doy un beso en la mejilla.

—Volveré por la noche. ¿Te las arreglarás sola con esas dos malagradecidas? Dejé en el refrigerador tres opciones para el almuerzo. Por cierto, Sabrina lleva toda la semana siendo una cafre, así que si McKenzie o alguna otra amiga la invita a su casa, *no* la dejes ir.

Mamá suspira.

—Sabes que tú también eres hija mía, ¿no? ¿Y que no tendrías que verte obligada a criarlas conmigo?

—Oye. —Finjo consternación—. ¿Acaso no lo estoy haciendo bien? ¿Quieres que les cuele a esas dos arpías más sedantes en el desayuno?

Quiero que mamá vuelva a reírse, pero se limita a menear la cabeza.

—No me gusta ni un pelo el hecho de que me sorprenda que te tomes el día libre. Ni que Sabrina recurra a ti cuando necesita dinero. No es...

—Mamá. *Mamá*. —Sonrío con tanta sinceridad como puedo—. Te prometo que no pasa nada.

Probablemente sí. Sí que pasa, quiero decir.

No está padre, en absoluto, que mi familia se sepa de memoria el artículo sobre la artritis reumatoide que aparece en la Wikipedia. Que podamos saber si mi madre va a tener un mal día por las arrugas que se le forman alrededor de la boca. El año pasado tuve que explicarle a Darcy que «crónico» significa para siempre. Incurable. Algo que nos acompañará toda la vida.

Mamá tiene una maestría en biología y es redactora de textos médicos. Es tremendamente buena, todo hay que

decirlo; ha escrito material didáctico en materia de salud, documentos para la Administración de Alimentos y Medicamentos y fantásticas solicitudes de beca que les han hecho ganar a sus clientes millones de dólares. Pero es autónoma. Cuando papá todavía seguía con nosotras y ella era capaz de trabajar con regularidad, el asunto no era tan grave. Por desgracia, las cosas han cambiado. Algunos días los dolores son tan intensos que apenas puede levantarse de la cama y menos aún aceptar encargos; además, la Seguridad Social, cuyos trámites son increíblemente enrevesados, le ha denegado ya cuatro veces el reconocimiento de la discapacidad. Pero al menos yo estoy aquí. Al menos puedo facilitarle las cosas.

Así que tal vez, sólo tal vez, puede que no. Que no pase nada, quiero decir.

—Tú descansa, ¿sí? —Le acaricio la cara. Tiene al menos siete capas de ojeras—. Vuelve a la cama. Las monstruitas se entretendrán ellas solas.

Al salir, oigo que Sabrina y Darcy se quejan de la avena en la cocina. Tomo nota mental para comprar un cargamento de quitaesmalte y, cuando veo el coche de Easton doblando la esquina, la saludo con la mano y me acerco trotando.

Y ese, supongo, es el principio del resto de mi vida.